

TRIBUNA

LA FUERZA DE LOS LIBROS

Manuel Garrido Palacios

El lunes se presentó en la Biblioteca Pública de la Gran Vía *El niño que quiso ser Paul Newman*, novela ganadora del *Premio Onuba 2005*, cuyo autor es Rafael R. Costa. 12 personas 12 en la sala, o 15 contando un *plumilla*, un *gráfico* y un *nota* que asomó el *jopo* y se extrañó al ver doce personas frente a tres en la presidencia, todas sentadas, cuando los grandes eventos suelen ser de 11 contra 11 y todos corriendo. Puestos en la metáfora, presentó la obra ese escritor en el banquillo que pronto saltará al campo con su esperado poemario, Rafael Delgado, *Premio Saltés de Cuentos* hace unos años, referente cultural en la ciudad, sujeto que cuando cultivaba su parcela editora ayudó a muchos a dar sus primeros pasos en las letras. Cierto es que el noventa y nueve por ciento de ellos no dieron más que esos pasos en pos de la gloria prometida, pero, mira, por Rafael no quedó la cosa. ¡Ah!, y sin usar el cargo para cosa tan fea como publicarse él o darle cancha a un familiar.

Sin entrar ahora en la novela de Rafael R. Costa -tiempo habrá-, que merece por sí misma el homenaje de ser comprada y leída (a ver si para una vez que surge aquí un novelista de verdad, no de diseño, al no usar el globo publicitario estrellado, no le vamos a dar su sitio), hay que decir que la presidencia del acto era ya una novela: Rafael Delgado, por lo dicho más una tonelada de saber estar; Rafael R. Costa, por su literatura redactada en Madrid, pero tallada y premiada en Huelva (emocionante ese Chorrillo Alto en la portada), y Manuel Ortega por ser el motor de una iniciativa que puede abrir un panorama insólito en esta ciudad cuyo lema literario, traducido al *diarion cacuíno* ha venido significando: «Siempre lo mismo, oiga»

Esta vez no era lo mismo. Por fin, ya no era lo mismo. Por ejemplo: no había amiguetes dentro del Jurado (los conozco y sólo cabría en ellos la honradez); no mediaba el consabido «te votaré aquí a cambio de que me votes allí» (miseria intelectual a la que nos tenían acostumbrados ciertos pavos de corral); no había dinero público por medio para sacar los libros del individuo afín, reidor de sosas gracias, ni a familiares simulando que la edición corría por cuenta del editor; no había colecioncitas individuales para contentar a todos en las que el que la lleva se publica primero a sí mismo y después ya no sabe a quien publicar por no existir nadie peor en su infinitamente reducido universo; no había favores por la puerta de atrás ni otros perejiles que tanto han infamado por estos lares el bello Arte de escribir. Lo que había en la presidencia era un poeta respaldando el nacimiento de una obra, una vocación de acero de un señor resuelto a escribir y sabiendo hacerlo (las dos novelas de Costa responden a dos premios: el *Ciudad de Irún* y el *Onuba*) y un caballero de otro tiempo, instalado en éste, Manuel Ortega, con la valentía a cuestas – otros dirán la osadía- de meterse a editor de libros, rompiendo con ello esa costra, hasta ahora impenetrable, que hacía que Huelva sólo tuviera los cauces oficiales y sus escritores oficialitos dispuestos a sacar a la luz sus meritorias obras casi completas. O sea: lo que en conjunto presidía el acto era nada más y nada menos que un criterio, que parece poco.

No es este el sitio para hacer una reseña exhaustiva del contenido de la novela. Me gusta leer lo que hacen otros pero no opinar ni bien ni mal de ello. Hay especialistas en estas lides: ahí están Mancheño Farreras y otros para dar norte de lo que sale y es leíble –no legible-. Pero quizás sí sea este el sitio para celebrar la conjunción de los tres elementos que presidían el acto, aparte de asistir al mismo un personal no numeroso, pero sí trabajador de la literatura; digo Ramón Llanes, en su banquillo particular, como el arpa de Bécquer, esperando la mano de nieve que saque de sus cajones la exquisita literatura que hace en artículos, prosa o verso; o Francisco Flores, finalista del *Premio Onuba* con su obra *Inacabados* y su vocación firme al venteo de su momento, que le llegará, sin duda; o Maximiliano Tenazos, novelista mexicano descendiente –cualquiera que se precie lo es- de esa cúspide de las letras llamado Juan Rulfo; o Antonio Gómez, director de la Biblioteca; o Sebastián Carrasco, que sabe discernir si lobo o zorro. Y otros y otras. Incluso el *nota*, que volvió y se sentó aunque no hubiera partido.

Ha gozado la ciudad en estos días de una actividad literaria tan desusada como agradable. La semana pasada, dos presentaciones: la de Juan Villa, con su *Crónica de las Arenas*, editada por la Fundación Lara, en la Librería Saltés, lugar que esa tarde fue grata rebotica con Villarejo, Rubira, Villa, Mancheño, Llanes, Tenazos... (vino de naranja por medio), y la obra de Marcos Gualda *Teoría del choquero trocho*, editada por Almuzara, en la Rural, con asistencia de Manuel Pimentel y palabras previas de ese dinamizador de la cultura que es Uberto Stabile. Ayer se presentaron en Sevilla dos libros de la onubense colección *La Espiga Dorada: Tartessos en el tiempo*, de Jesús Fernández Jurado, y *Cuando cae la tarde*, un magnífico poemario de Antonio Enrique. Y otros libros recientes o que aguardan en la antesala de las presentaciones, como el sorprendente documento gráfico *La Gruta de las Maravillas*, de Francisco José Hoyos y Rafael Manzano. Y así una lluvia de libros sin truenos ni tormentas, agua fecundante que parece que apenas moja, pero cala.

La sensación del acto del lunes (no uno más porque marca intención) fue la de que algo se mueve en la charca: el empantanamiento tiembla y la corriente busca caminos para discurrir serenamente por cauces de limpieza, por *lievas* antes taponadas para el común por manos que, por otra parte, nunca fueron expertas sino para barrer para el ombligo propio. Algo que se podía resumir en pocas palabras: la presentación de tanta obra libre ha conseguido romper el cliché oxidado y la máquina trucada que los hacía. Es como si al panorama literario le hubieran hecho una foto nueva. Trabajo ha costado.